

## **TULIPANES BAJO EL NIVEL DEL MAR**

Ámsterdam, la Venecia del Norte como acertadamente se la llama, era otra ciudad que teníamos anotada en nuestra agenda de viajes y hacia ella partimos desde Granada. Nos atraía conocer la capital de Holanda, todavía nos cuesta pronunciar Países Bajos, y comprobar in situ cómo transcurre la vida en una urbe construida dos metros por debajo del nivel del mar. Siempre nos ha creado cierta perplejidad escuchar que Holanda se encontraba amenazada por el mar del Norte y que un día podría ser devorada por sus aguas y desaparecer para siempre.

Nos costaba asimilar cómo los neerlandeses, mediante el esfuerzo colectivo llevado a efecto durante siglos, lograron ganarle terreno al mar y asentarse en territorios inundables, manteniendo una lucha diaria con el agua en la que unas veces ganaban ellos y otras ella, como sucedió en las graves inundaciones que sufrieron en 1953. Sentíamos admiración al tener conocimiento de cómo el pueblo neerlandés iba asegurando su supervivencia protegiéndose del agua mediante los polders, diques o canales, y cómo con el paso de los siglos ha ido convirtiendo el país en un templo mundial de la ingeniería hidráulica.

He de reconocer que estas virtudes y ejemplos de superación de un pueblo para ganar su futuro, encandilaban un poco más a Toñi que a mí, que cada vez que escuchaba la palabra Holanda no podía evitar que el nombre de Johan Cruyff viniera a mi cabeza cuando capitaneaba el Ajax y la Naranja Mecánica, apodo con el que se bautizó a la selección holandesa en el mundial de Alemania 1974.

Ámsterdam es el color rojo de sus tulipanes y de su barrio de idéntico color. Es fútbol y bicicletas. Libertad “prostitucional” y rincones para evasión de los fumadores de hierba, lo que redunda en una ciudad alegre y al mismo tiempo organizada y educada. Te sientes a gusto en Ámsterdam, donde la diversión es permanente, pero contenida, sin estridencias, sin gritos.

Llegamos a la Estación Central sobre las tres de la tarde. Es un bonito edificio neorenacentista a cuyas puertas se encuentran las paradas de metro y buses que conectan toda la ciudad. Habíamos tomado un tren en el aeropuerto y llovía a cántaros. Pretendíamos llegar al hotel en el tram que recorre el centro. Que ya no somos tan jóvenes nos lo dejó claro la máquina que expende los billetes. Nos

apuramos ante ella y el joven holandés que nos precedía se ofreció y nos sacó los billetes con su propia tarjeta. Un presagio de que nuestra estancia sería grata y tranquila como después resultó.

Llegamos al hotel que estaba muy bien situado, pero nos llamó la atención la minúscula habitación. No disponía de armario. Solo unas perchas colgadas en la pared. O sea, una cama y un baño igualmente pequeño. Con ducha. Aceptada la incomodidad y tras añorar los hoteles españoles, dejamos las maletas y nos lanzamos a conocer la ciudad.



Los canales los teníamos a tiro de piedra del hotel y a pasear junto a ellos nos dirigimos. A media tarde localizamos la chocolatería-pastelería más antigua de la ciudad y nos sentamos a merendar. Disfrutamos en un excelente chocolate con unos dulces caseros y proseguimos nuestro paseo hasta el anochecer. Tras un breve descanso, cenamos en uno de tantos restaurantes que rodean el hotel y hacia la medianoche nos retiramos exhaustos pensando en el día siguiente.

Por la mañana dimos un paseo fluvial por los canales. Nos llamó la atención los barcos convertidos en casas flotantes que permanecen atracados a ambos lados de los cauces. Sus habitantes, convertidos en maniqués observados diariamente por los turistas, ignoraban nuestra presencia mientras tomaban el sol o un

aperitivo en la cubierta de su embarcación. Una intimidad vulnerable protegida únicamente por su fuerza mental, pensamos al contemplarlos tan cerca.

Cuando desembarcamos, nos alistamos a un free tour para hacernos cuanto antes con el resto de la ciudad y poder disfrutarla a nuestro antojo. Los barrios en Ámsterdam están muy bien delimitados y se pueden acometer caminando o en tres o cuatro paradas de metro. Sus casas son estrechas debido al poco espacio y disponen de enormes ventanas y una polea en la parte superior para realizar las mudanzas. Lo funcional ante lo complejo. Una manera de ser que se percibe en la ciudad a cada instante.

Tras tomar un frugal almuerzo nos retiramos a descansar. Por la noche nos esperaba un lugar especial para nosotros. El Waag o Casa del Peso. Un edificio emblemático, el más antiguo no religioso de Ámsterdam, que está situado en la Nieuwmarkt o plaza del Mercado Nuevo y convertido hoy en museo-restaurante, después de haber albergado hasta el siglo XIX a distintos gremios de la ciudad.



En este espacio histórico Rembrandt pintó su famoso cuadro 'Lección de anatomía' allá por el año 1632. Mientras cenábamos no dejamos de pensar en la obra del pintor neerlandés. Contemplábamos aquel lugar, sus dependencias y nos parecía ver al maestro entre los comensales, dispuesto frente a su caballete. La iluminación del restaurante era tenebrosa. Enormes lámparas de hierro con numerosas velas encendidas sustituían la electricidad generando un ambiente de claroscuros. Como sus lienzos. Todos hablaban *sotto voce*. Incluso los camareros. Quizás para no molestar al espíritu del pintor que andaría entre nosotros orgulloso de ver en pie aquel edificio en el que firmó por primera vez un cuadro suyo.

A la mañana siguiente volvimos a levantarnos temprano. La atmósfera que se respira en Ámsterdam invita a pasear. Después de desayunar en un café próximo al hotel nos dirigimos a otro lugar que deseábamos conocer. En la calle Prinsengracht, junto a uno de los canales, se encontraba la casa donde permanecieron ocultos de los nazis Ana Frank y su familia durante la Segunda Guerra Mundial. Contemplamos sobrecogidos el edificio donde se improvisó la conocida como Casa de Atrás en la parte trasera de la vivienda, refugio habilitado tras una estantería, donde Ana Frank escribió su diario. Nos estremecemos imaginando aquellos terribles años que pasara Ana dejando constancia en él de sus sueños de escritora, de la monotonía diaria solo interrumpida por el sonido de las campanas de la iglesia cercana, y del miedo a que un día se escuchara también, al otro lado de la pared, el ruido de los pasos de las SS. Y mirando la torre de esa iglesia nos alejamos algo afligidos, porque la tristeza acompaña también a la imaginación, pesadumbre que nos acompañó un rato más al ver en distintos lugares y puertas de otras viviendas los nombres grabados de familias judías que fueron también detenidas por los alemanes.

Pero como he escrito antes Ámsterdam es una ciudad alegre, juvenil y tolerante. Y si te cuesta recuperar la alegría no te apures porque lo consigues enseguida, al pasear por la puerta de los coffeeshops, de donde sale un tufillo muy agradable que te hace aflorar una sonrisa placentera sin que te des cuenta. Y sonrientes de nuevo llegamos al Mercado de las Flores junto al Canal Singel donde paseamos entre toda clase de tulipanes de diversos colores y perfumes de otras plantas, que convierten el lugar en un vergel multicolor difícil de superar.

Nos acercamos a ver el conjunto de elegantes casas llamado Begijnhol que no se encontraba lejos. Un recinto construido en el siglo XIV para las beguinas, mujeres solteras o casadas que quedaban en soledad mientras sus maridos eran reclutados para la guerra, manteniendo su estatus y fortuna personal.



En sus jardines interiores disfrutamos del silencio y la paz que allí se respira, sin evitar pensar en esas mujeres aguardando el regreso de sus esposos del frente de batalla, dejándolo todo a la suerte.

Descansamos en el hotel hasta primeras horas de la tarde y después nos incorporamos de nuevo al bullicio de la ciudad. En nuestra agenda estaba anotado el Barrio Rojo y a pasear por sus callejuelas fuimos. En el camino me encontré de nuevo con el nombre del jugador de fútbol más famoso de Ámsterdam. En una de las calles comerciales está la tienda que lleva su nombre, Cruyff, y ante ella inmortalicé mi imagen como apasionado del fútbol de calidad que soy. Compramos algunos souvenirs en la zona y continuamos camino hacia el Barrio Rojo.

Llegamos cuando acababa de anoecer. El ambiente que rodea este barrio es de total animación. Clubes, pubs, música y risas provocadas por el chocolate, no del que tomamos el primer día, se desatan a uno y otro lado del canal. Vemos decenas de bicicletas apoyadas en las barandas que protegen del agua, parejas, grupos de mujeres solas, hombres solos o con amigos. Todos deambulando divertidos al compás de la música que atraviesa los locales e impregna la atmósfera que cerca el canal. Es un ambiente de alegría que sin advertirlo se va mezclando con el de las prostitutas que se exhiben en los escaparates invadidos por el color rojo. Son maniqués vivientes que, dentro de un expositor de nueve metros cuadrados,

aguardan haciendo calceta o leyendo la llegada de un cliente, como en el Corte Inglés las maniqués esperan a que los decoradores las tomen para cambiarlas de lugar. Las mujeres desaparecen del expositor y vuelven al rato para continuar su jornada mientras las observamos con cierto conformismo al saber que, en Ámsterdam, las meretrices están legalizadas como autónomas del sexo y no dependen de que el proxeneta de turno las maltrate y explote. Nos alejamos paseando de aquel ambiente tan particular y cenamos cerca del hotel. La mañana siguiente nos esperaba una excursión a Zaanse Schans, Edam y Volendam, y nos recogimos a buena hora.

Partíamos de los alrededores de la Estación Central. El paisaje multicolor de tulipanes y otras floras autóctonas nos acompañó durante el trayecto mostrándonos la realidad de estas tierras en las que todo parece propenso a inundarse, pero nada se anega desde hace décadas. Es el gran misterio hidráulico que rodea esta parte del mundo. Llegamos a Zaanse Schans a media mañana. Molinos, riachuelos e infinidad de canales con sus pequeños puentes, más propios de un belén, se hicieron los amos del lugar. Paseamos por esos parajes de maqueta y visitamos una granja de quesos y otra de zuecos, donde los artesanos nos mostraron en el acto cómo se fabrican y como mantienen la tradición calzándolos aún.

A continuación, nos desplazamos a Edam. Un lugar pequeño como salido de un cuento, con sus bonitas casas tradicionales bordeando los canales. Por él paseamos contemplando un paisaje relajante y disfrutando del silencio que lo envuelve.





Tras el relajante momento proseguimos viaje hasta Volendam, pueblo de pescadores, donde almorzamos en uno de los restaurantes situados junto al mar. Mientras aguardábamos la hora de partida del ferry, visitamos sus tiendas de souvenir y disfrutamos del mar. A primeras horas de la tarde embarcamos en dirección a Marken. Sus típicas casas, jardines y la iglesia dibujaban la silueta que se divisaba desde el barco y que al desembarcar recorrimos sosegadamente, mientras llegaba el autocar para volver a Ámsterdam.

A la Estación Central llegamos con el sol aún presente. Nos apetecía tomar un café para comentar tranquilamente la excursión. Junto a la estación se encuentra un bonito hotel desde cuya terraza se puede disfrutar de una de las mejores vistas de la ciudad. Y así lo hicimos. Era nuestra última tarde y degustamos los cafés sorbo a sorbo. Saboreando el momento. Por la noche, en un acogedor pub, brindamos por Ámsterdam y su ambiente cosmopolita.

Disponíamos de parte de la mañana antes de desplazarnos hasta el aeropuerto. Tratamos de aprovechar el tiempo y fuimos a dar un paseo por Vondelpark. Un enorme parque con una charca en el centro que disfrutaban las familias de patos con sus crías, ignorando por completo a los humanos que nos adentramos en él. Los paseos de sus *troupe* entre nosotros transmiten altivez, seguridad y pertenencia del lugar. Es su espacio y tienen el respeto de los visitantes. Entre ellos y el silencio que se respiraba estuvimos paseando un rato.

Al volver al hotel nos detuvimos un instante a contemplar una curiosa partida de ajedrez que se jugaba en un enorme tablero urbano. No jugaban Karpov y Kaspárov, pero la concentración de los participantes no difería en exceso de la que ellos demostraban durante sus campeonatos.



Y despidiéndonos de la ciudad nos dirigimos hacia el aeropuerto. Aterrizamos en Málaga donde habíamos dejado nuestro coche. Fue un viaje de pocos días, pero quizás sea de los que mejor recuerdo guardemos. La amabilidad de sus gentes y la simbiosis entre la diversión y el respeto que rodea su alegre ambiente, la convierte en una de las ciudades más afables de las que hemos visitado.

FIN